

LOS REGISTROS FUNDAMENTALES DEL DISCURSO TEOLÓGICO: PROFECÍA Y SABIDURÍA

En general, la inteligencia de la fe se ha desarrollado en dos direcciones que ya se encuentran en la Escritura, pero que también arraigan en el mismo ser del hombre —al que Jacques Maritain llamaba «un encuentro de naturaleza y aventura»—. Estas dos direcciones se expresan valiéndose de dos lenguajes: la *profecía*, que jalona un itinerario espiritual —ya sea de un hombre, de un grupo, de una sociedad o de la humanidad—; y la *sabiduría*, que ordena la realidad del mundo, el hombre y Dios según las conexiones y las correspondencias que la estructuran.

1. *La profecía*

a) *Historia e interpretación*

La palabra «profecía» es un término bíblico que califica el tipo de lenguaje que encontramos siempre que se trata del tiempo, bien tomado en general, bien tomado en ciertos periodos particulares. La profecía no es esencialmente predicción: también es *interpretación*, en el modo de la ex-

plicación (hacia el pasado) y en el del pronóstico (hacia el futuro), de los acontecimientos que constantemente marcan como hitos la existencia del hombre y configuran su tiempo. En efecto, todo acontecimiento recibe su sentido de una secuencia que lo precede y de la dirección que él indica. La interpretación consiste en discernir esta secuencia pasada y esta dirección futura, y como los puntos de vista pueden ser diversos, nunca es ni única ni unívoca.

Estos temas (interpretación, secuencia, dirección) permiten avanzar en el análisis de la profecía. La profecía es el lenguaje de la historia, o sea, intenta comprender las *rupturas* que imprimen su ritmo a la trama del tiempo. Y es que, de alguna manera, todo acontecimiento constituye una fractura, pequeña o grande, en la continuidad de la duración. La historia humana está hecha de movimientos: de pasos adelante o de pasos atrás; algunos aparecen vinculados a *acontecimientos* culturales o políticos inimaginables; otros, por el contrario, están unidos a acontecimientos más o menos previsibles o previstos. Así, cuando ha transcurrido una etapa, no se puede seguir hablando igual que antes ni en lo que respecta al pasado ni en lo que concierne al futuro; piénsese en el hombre tras la invención de la rueda, de la máquina de vapor, de la cibernética; o después de la experiencia de la tribu, de la monarquía, de la república...

Las otras rupturas van unidas al *mal moral*: a las injusticias que unos hombres cometen contra otros y que desfiguran pasajera o perdurablemente las comunidades humanas. La interpretación, por consiguiente, tanto si explica como si pronostica, debe tener en cuenta las rupturas: las vinculadas a la existencia histórica igual que las vinculadas al mal. Y cabe incluso preguntarse si es posible fuera de toda perspectiva religiosa.

b) *El presente, el origen y el final*

Y asimismo cabe preguntarse en qué medida resulta posible interpretar un momento determinado de la historia sin considerar la totalidad del tiempo, desde el origen hasta el final. Pues interpretar consiste en extraer la significación de un acontecimiento o de una situación poniéndolos en relación con otros, de modo que de esta confrontación brote alguna inteligibilidad. Poco a poco se van ampliando las referencias y los puntos de comparación, de tal manera que aparecen o se insinúan en filigrana estas dos preguntas: ¿A dónde vamos, en definitiva? ¿De dónde venimos, en última instancia? La profecía se sitúa, de esta forma, en los límites amplísimos de la escatología (es decir, de la respuesta última a la pregunta ¿a dónde vamos?), del final del mal (¿cómo vislumbrar la reconciliación última?) y del origen (¿hubo un comienzo?).

c) *Profecía y revelación*

La revelación cristiana tiene ante todo que ver con la profecía. Nos asegura, efectivamente, que Dios ha hablado a los hombres; en otras palabras: que les ha propuesto algo y les ha prometido cierto cumplimiento.

Desde el principio, esta palabra provoca una ruptura en el continuo del tiempo exclusivamente humano y sitúa la duración entera bajo la obediencia a la palabra. Por consiguiente, la revelación indica cuáles son las coordenadas últimas de la historia y, para facilitar que la entendamos, también nos relata las peripecias de la respuesta humana. Resultan clarísimos a este respecto los términos que aparecen en la Carta a los hebreos: «Después de haber hablado en otro tiempo muchas veces y de muchos modos a los Padres por los profetas,

Dios, en el periodo final en el que nos encontramos, nos ha hablado a nosotros en un Hijo al que ha hecho heredero de todo y por quien, además, creó los mundos». De manera que hay una historia de la palabra que ha determinado una historia de la respuesta; y la mira última estaba puesta en la revelación plena de Dios en su Hijo. Como ésta ha sucedido ya, nos hallamos en el periodo final, de modo que estamos en condiciones de lograr una interpretación de la historia según dos criterios: el final, ya realizado en la manifestación del Hijo de Dios, y el cumplimiento por venir cuando regrese el Resucitado y se consume la entrada en lo que podemos llamar la gloria.

d) *¿Profecía después de Jesucristo?*

Esta breve presentación de la relación entre profecía y revelación deja, con todo, entrever un problema: en la medida en que interpretamos la historia partiendo de lo que creemos que es su término último real —la resurrección de Cristo—, parecería que no queda hoy lugar para la profecía. ¿Acaso no se ha cumplido todo? En este sentido, la historia que sigue después de la resurrección carecería de significado concreto, fuera del de anunciar que quedó cumplida en Cristo. Pero, a la vez, el tiempo continúa y ya nos encontramos a casi dos mil años de distancia de la resurrección de Cristo. ¿Hay que pensar que en un periodo tan largo —más o menos, tan largo como el que separó la emigración de Abraham del nacimiento de Cristo— no ha pasado nada susceptible de interpretación profética? Si reconocemos, en cambio, sentido a este «tiempo de después de Jesucristo», se plantea el problema de saber cómo manejar en él la profecía. Volvemos sobre ello.

2. *La sabiduría*

a) *Niveles de la sabiduría*

La sabiduría se sitúa de modo distinto que la profecía. Empieza por ser descripción razonada del cosmos, en la medida en que éste resulta accesible a la investigación humana: los astros y los mundos, y nuestro planeta entre ellos; la tierra y sus distintos reinos (mineral, vegetal, animal); el ser humano que la habita, la cultiva, la recorre, la explota. En estos niveles, la sabiduría es ciencia... En una profundidad mayor, la sabiduría se ve llevada a preocuparse por lo invisible: por aquello que se manifiesta en el seno de los movimientos del mundo sin dejarse nunca captar por sí mismo (las fuerzas, las energías, las resistencias, lo espiritual —ya sea que se piense a este propósito en los ángeles o en el alma humana—). Partiendo de aquí, estudia los comportamientos humanos observándolos, pero al mismo tiempo procura definir principios de la acción. La sabiduría se convierte en arte de la vida y en moral. Por último, tiende a Dios y se pregunta sobre la posibilidad de hablar de Él no solamente en cuanto clave de bóveda de toda la realidad, sino en su misma divinidad, si es que podemos acceder a ella y hablar sobre ella. Es entonces «metafísica», o sea, lenguaje que intenta decir aquello que queda absolutamente más allá o totalmente más acá de nuestros campos corrientes de investigación.

Así, la sabiduría procura comprender la coherencia de todos y cada uno de los niveles del ser y la existencia, y procura percibir su armonía. Al contrario que la profecía, presta menos atención a las rupturas que a las correspondencias, a las articulaciones, a las armonías; en una palabra: al orden. Más que a interpretar, se dedica a afirmar.

b) *Sabiduría y revelación*

Los libros sapienciales no están en la Escritura menos presentes que los proféticos. Encontramos en ellos extractos sucintos de ciencias naturales, pero sobre todo descripciones y clasificaciones de comportamientos morales: la definición de cierto arte de la vida bajo el impulso misterioso del bien y el mal, al que, por otra parte, no corresponden necesaria y respectivamente la dicha y la reprobación. Y luego la sabiduría va elevándose cada vez más a Dios. Aparece Dios, primero, como último fundamento de esta ética, reconocidamente emparentada con los preceptos morales de la ley revelada a Moisés; y luego como el creador que dispuso todas las cosas con medida y armonía y que, sobre todo, puede penetrar hasta lo más íntimo del corazón humano; por fin, aparece Dios como el misterio del que, en última instancia, sabemos poco aparte de su existencia; pero es quien nos asegura la profecía que optó por revelarse y hacer alianza con nosotros.

No es sólo que estos dos aspectos, el profético y el sapiencial, recorran toda la Escritura, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, sino que se enriquecen mutuamente entrelazándose en una trama difícil de deshacer. Eso sí: hasta en la Escritura inspirada tienen que ver con distintos registros del lenguaje humano, de tal manera que su juego no termina nunca y, así, acentos teológicos distintos pueden estar presentes dentro de una revelación única. Podría afirmarse que a la diferencia de estos dos lenguajes, profecía y sabiduría, le corresponde la de dos realidades de origen divino, mutuamente irreductibles, pero vinculadas estrechamente en el abrirse de Dios al hombre: alianza y creación. Queda claro, por consiguiente, que las teologías, tanto las de la Escritura como las que se han desarrollado a lo largo

de la historia de la Iglesia, podrán acentuar, según su inspiración, una u otra de estas realidades y ser así más proféticas o más sapienciales.

Acabamos de poner de relieve lo que cabe llamar los dos registros fundamentales del lenguaje teológico. Ahora debemos dar algunas indicaciones breves sobre las opciones históricas que han influido en su empleo en la teología cristiana y llevan a lo que se podría denominar la «teología clásica».